

Capítulo I
Los Exiliados del Desierto



Esta corta narración cuenta algunas historias lo bastante discretas para ser creídas, pero a la vez pueden desacreditar su veracidad quienes se sientan libres de hacerlo, ya que está demostrado que por estas latitudes extremas el viento se lleva las palabras que quedan reverberando en la atmósfera. En cualquiera de los casos, sepan que es un intento por sobrevivir en un pasado que ya no existe y en un futuro que está completamente destruido.

Las huellas furtivas son caminos que solo ellos conocen por sutiles detalles que el viento va contorneado conforme a su voluntad. Los arbustos se manifiestan dolorosamente, las piedras escarpadas les sirven de cobijo ante las tempestades del aire veloz. A simple vista, este paramo puede parecer monótono y desolador, pero ofrece lugares recónditos y escondites insospechados donde refugiarse y sentirse seguros. Allí afuera, tuvieron que comprender el lenguaje del desierto, entender su temperamento cambiante, a veces indiferente, otras apacible, pero la mayoría de las veces hostil e implacable.

Deambulaban largas jornadas desde incontables años y nunca habían llegado a su destino. Su meta no era llegar sino dejar atrás. El contingente era corto, pero aparecerán más. Hace tiempo fueron tras aquellos que les prometieron un oasis y ellos prometerán un oasis a los que vendrán, así es el legado de los *Exiliados del desierto*. No hay Líderes, ni subordinados, tampoco profetas proclamados ni falsos mesías, no hay carga en sus espaldas. No existe moral ni ética, solo un pacto implícito que no está escrito y nunca se menciona. El tiempo les enseña este camino, caminar... los pies sobre la piedra. La contemplación del fuego rodeado del silencio, la proyección de las sombras y el contraste del aire gélido llenando los pulmones. Caminar... los pies sobre la arena. Respirar el aire que antecede a la tempestad mientras sigan vivos. Caminar... con los pies sobre el suelo firme, sin tropiezos en el sendero que mañana desaparecerá a merced de los fuertes vientos.

Esa mañana habían comenzado la jornada a paso Abierto por el desierto estepario después de un desayuno frugal con algunos trastos

viejos colocados en sacos de cuero y piel y sus largas facas sostenidas por un cinturón.

Hombres ligeros y austeros, lacónicos e introspectivos, eyectados al destierro como animales que estuvieron en un largo cautiverio y que debieron recurrir a las fibras más profundas de su instinto para sobrevivir. Su mirada siempre al frente, hacia el horizonte. Esculpiendo laderas con su andar dejando cicatrices en las montañas. Incansables, persistentes, recios señores de la gran inmensidad.

En ocasiones, sin darse cuenta, llevaban su resistencia al límite o perdían noción de sus propias proezas. Si alguno caía en el camino exhausto, nadie esperaba o lo socorría; este quedaba tendido hasta recuperar el aliento y retomaba su marcha. Cuando volvía en sí, podía ver en las lejanías unos pequeños puntos en movimiento que le indicaban la dirección que debía seguir. Todo estaba implícito, cuando era tiempo de detenerse se hacía en el lugar indicado. No por regla, sino por una cuestión de sentido común, tenía que ser lejos de un sendero principal de noche, en una hondonada pronunciada, cueva o enramada de frondoso follaje. Esto último podía ocurrir muy excepcionalmente ya que los arboles no podían ocultarlos de los *Buscadores*. Rara vez llegaban más allá de los límites del muro, pero no podían correr el mínimo riesgo de perder a uno de los suyos.

Hace tiempo, cuando residían dentro del muro, algunos sabían cómo programar un *buscador*, por eso era bien conocida la reputación brutal con la que operaban esas máquinas. Generalmente realizaban mapeos diarios de unas pocas cuadrículas, 10 o 15 según la luz del día, ya que solo funcionaban con energía solar y su reserva duraba unas pocas horas. Se los podía detectar fácilmente por su zumbido agudo que al aproximarse se hacía cada vez más intenso. Para evitar un

confrontamiento directo, lo mejor era escabullirse o camuflarse en la poca vegetación disponible. En un principio se habían creado solo con fines geológicos, para rastrear altos niveles de radiación en el desierto profundo que pudieran servir como fuente energética proveniente del *Astro Rey*. Pero la amenaza de los caminantes fue tomada como una de las prioridades a suprimir ya que centenares de jóvenes preferían huir al desierto y morir en el intento que quedarse en el colosal perímetro triangular para ser consumidos a lo largo de una lenta y servil vida. Pero eso ya era parte de otro universo, de otro plano existencial y estaban a un gran salto temporal de las multitudes adoctrinadas.

El mediodía especulaba con un sol temeroso, pero suficiente para disuadir el fluir de las escarchas. Atravesaban la gran llanura a la que llaman *el Yermo*, mas adelante, la *Meseta Pirámide* se mostraba en todo su esplendor erigiéndose de forma imponente. Sin detenerse, por un trayecto sinuoso engullían unas raíces de leña de piedra, Llantén, dientes de león y cardo para optimizar sus energías. El terreno empezaba a mostrar sutiles dunas moldeadas de forma improvisada de las cuales de tanto en tanto emergía un cadáver oxidado de torre centinela derrotada ya por el transcurso del tiempo. Algunas manchas de hierba y piedra volcánica color rojizo contrastaban dando un aspecto marciano al paisaje. De pronto, como si el pulgar de un gran titán hubiera ejercido presión sobre esa parte de la tierra, todo se precipitaba abruptamente hacia una gran depresión. El aire emitía un sonido grave que retumbaba en sus oídos como si esta profunda oquedad actuara como caja de resonancia. Se detuvieron unos momentos para contemplar el espectáculo. Abajo, se desplegaba un gran espejo de agua sobre el que se reflejaban las

nubes grises que cubrían en cielo. Después de interminables días de estepa, piedra y arena que les escupía en el rostro, observaron atónitos la belleza de este nuevo paraíso, de este nuevo Edén. Descendieron rápidamente, olvidando el cansancio y el ajeteo, quitaron sus botas, sus ropas y a pesar del frío otoñal se sumergieron en el espejo para alterar la quietud de sus aguas dormidas. Gritaban eufóricos, bebían grandes sorbos tragando enormes cantidades de líquido que durante años habían racionado para sobrevivir, tiritaban de frío, pero al mismo tiempo nadie quería abandonar aquella sensación perdida en la memoria de limpiar el cuerpo en aguas livianas y dulces. Después de sentir sus cuerpos retorcerse y experimentar espasmos de frío debido a la hipotermia, se tendieron en la orilla arenosa. Penosamente, uno de ellos pudo levantarse del suelo con las extremidades doloridas. Descoordinada pero decididamente, recogió un poco de leña seca, ramas y pasto amarillo para improvisar un fuego. La llama empezó a gestarse de forma tímida, pero gracias a la poca humedad del ambiente el fuego se desencadenó rápidamente. El resto de los *caminantes* fueron acercándose con prontitud mendigando el calor de las llamas mientras se metían dificultosamente de nuevo en sus prendas. Así todos congregados en un círculo con las manos abiertas haciendo de pantalla para recuperar el tacto, pudieron contemplar con placer el movimiento coreográfico del fuego.

La noche ya había ocupado su lugar de privilegio en la escena de la inmensidad sin límites; hacia arriba, las grises nubes se desplazaban en dirección sur oeste al ritmo de una leve brisa fresca que despejaba el cielo dejando entrever el éter minado de estrellas. La cúpula cósmica se mostraba infinitamente maternal y acogedora abriendo los brazos a sus nuevos moradores. Se desplegaron las *minicampañas* y organizaron las guardias habituales mientras los encargados de la

cena preparaban un guisado de papas, romero y tomillo al que agregaron la caza del día, comieron con fruición hasta quedar satisfechos y antes de que las llamas agonizaran los músicos hicieron vibrar las cuerdas de los *bajoguitarra* con una apropiada representación de la estética Árida e inhóspita. Ellos podían traducir el paisaje; el viento; o el crujido de la escarcha; la soledad o el desamparo en complejos movimientos que ejercían pulsando y percutiendo coordinadamente en un lenguaje sonoro y quimérico.

Esa noche todos durmieron cayendo a la profundidad de un sueño extraño, de amaneceres efímeros y ciclos de vida precipitándose. Ríos interminables y caudalosos que carraspeaban hacia una caída estrepitosa. Rostros desconocidos y difusos; parpados pesados; visiones de arena suspendida que ocultaban el sol; hedor a combustión y carne calcinada; sangre y barro.

Sus mentes estaban atadas a un hilo de plata onírica siniestra, una presión los aplastaba con el peso de todas las eras que la tierra había transcurrido. Por más que luchaban por despertar una parálisis los mantenía en el trance como si un espectro incorpóreo deambulaba por esos paramos.

La claridad del amanecer sacudió a todos como si de una reanimación se tratara. El aire se sentía viciado y pesado, en los pulmones cada alveolo pugnaba por transformar en oxígeno aquella atmosfera tóxica. Donde la noche anterior había un espejo de agua, ahora explotaban pústulas de gas venenoso, la gran depresión ahora estaba sumida en una nube fétida que los calcinaba por dentro. El espectáculo era penoso y desesperante, todo era difuso. En el momento que descendieron hacia ese lugar ya estaban condenados, una vez más el implacable desierto los devoraba como una *viuda*

negra a un insecto indefenso en su telaraña. Tambaleándose erráticamente subieron la cuesta unos pocos, los que pudieron, menos de la mitad de la campaña. El resto sabía que de no ser por ellos mismos no saldrían de aquella trampa, nadie acudiría a su búsqueda en señal de lealtad pues significaba morir en el intento. Esperaron un tiempo prudente, permanecieron incluso un día más en los alrededores a la expectativa de algún sobreviviente, pero pronto las esperanzas se disiparon y cayeron en una desolación sin consuelo.

La Ciénaga quedó bautizada y construyeron 13 Túmulos para recordar que algún día ellos también serán piedra y sedimento.

Capítulo II

El Peregrino



El viento, constante e incansable traía voces desde el oeste. El sol pasaba oblicuo y casi no se podía percibir la luz del día. Había rumores en el aire veloz, una inquietud verborrágica que no cesaba de gritar con un silbido agudo y estridente. La vegetación era castigada con tal

violencia que quedaba suplicando a ras del suelo estéril. El andar se tornaba torpe y extraviado. De a poco empezaban a sentir el lejano aroma que las tormentas dispersaban en cortinas descendentes volviendo la atmosfera pura y refrescante. Reanimaron el paso, se animaban unos a otros dándose palmadas en la espalda para concluir la travesía del día. Uno de ellos improvisaba una melodía de tonada anecdótica que se repetía una y otra vez y servía de trasfondo en el paisaje húmedo y frío.

Ascendían por una pendiente sutil, mientras la luz empezaba a abandonar la estepa. Sabían bien que debían encontrar refugio, pues el terreno inexplorado y la fatalidad acontecida hacía pocos días atrás los mantenía en un recelo constante. Pronto llegaron a una cima alta, plana y de poco espacio. Desde allí observaron hacia las cuatro direcciones para calcular las probabilidades de un curso seguro, a lo sumo quedaban dos horas para que la noche acaparase toda la extensión. Después de discutir el mejor rumbo, decidieron seguir hacia la dirección original, lejos de las costas, buscando tierras más altas. Ya no había huellas que guiaran sus pasos, el terreno virgen se entregaba totalmente a sus deseos.

Caminaban incansables, un pie tras otro, marcando los senderos por donde antes nadie había surcado su destino. El ocaso abrió un pequeño resquicio delante de ellos como despidiéndose del día encandilando su visión. Cielos cargados y espesos, en tonos grises y rojos anticipaban jornadas de aire inquieto.

La lluvia pesada y fría comenzaba a caer, las gotas gruesas se precipitaban aplacando la tierra dispersa y agreste. En poco tiempo la superficie se transformó en un barro pegajoso que dificultaba cada vez más el paso. Pero el agua era un regalo que nunca debía

despreciarse, hasta en las situaciones más adversas. Tomaron todo lo que les fue posible para proveer las escasas reservas que poseían y bebieron hasta sentir el estómago a su máxima capacidad, pues las precipitaciones eran muy poco frecuentes y las largas caminatas exigían muchas cantidades de líquido. De todos los regalos que ofrecía el desierto quizás era el más valioso, ya que administrar de forma ingeniosa este bien llevaba más tiempo y esmero que cualquier otro. Incluso más que el alimento, aunque el hambre era lo que más fácil evidenciaba las necesidades del cuerpo.

Un último haz de luz solar se deslizaba por una ventana en el cielo totalmente cubierto de nubes oscuras y la lluvia aún se dejaba caer en pequeñas estocadas. La llanura inmensa no les daría oportunidad de refugiarse aquella noche. Sería una jornada de paso a ciegas y errante. Alguna vez alguien contó aquella historia de las 26 *interminables*, refiriéndose a las horas de paso sin conciliar el sueño. Hace un par de docenas de lustros atrás, las terceras generaciones de caminantes trasgredían los muros por primera vez después de la primera ascensión de los I.O. (irrevocable Orden). Tras años de subyugación infrahumana encontraron la forma de evadir el ojo eléctrico y se aventuraron más allá del brazo de fuego. Luego de atravesar las planicies muertas se adentraron en el desierto profundo, allí donde sintieron apropiarse de los límites y de los relieves arcillosos que besaban la piedra volcánica. De acuerdo a esas memorias, trece caminantes doblaron su número en horas a paso constante, buscando escapar lo más lejos posible de la civilización caníbal.

No había espacio tangible en la espesura de la noche, solo la certeza de tener los pies sobre la tierra crujiente les advertía que aún la mente estaba dentro de los parámetros de la conciencia de sí mismos.

Llevaban más de veinte horas trasladando sus cuerpos hacia ningún lugar, confiando solo en un exaltado sentido de la orientación disuadida por el agotamiento. Quizás cuando la mente se doblega y cae en un sueño profundo, es cuando el instinto despierta. Caminaron empujados por la direccionalidad y los antojos del viento, dibujando trayectos prohibidos y secretos.

Era la madrugada. La hierba exhalaba su perfume de humedad y frescura, despidiéndose agonizante como un último suspiro. Tres siluetas zigzagueantes se movían dando la espalda a un sol naciente hacia el oeste, a lo lejos, una extensión interminable y monótona de apariencia surrealista, brillante, de tonos anaranjado y azules fluorescentes. La última mañana despuntaba.

En un trance más allá del sueño experimentaron visiones de praderas fértiles, de hombres generosos y mujeres de tez blanca pálida, rostros con vetas de tierra, ropas de piel con aroma salvaje a cuero, sangre y sudor. Deambulaban en el pensamiento, incapaces de discernir entre la realidad y la fantasía. Perdidos en esa amplitud de la mente por horas, días o semanas, quien sabe.

La Intemperie en su máxima expresión arrojaba su halito silencioso e incommensurable dejando caer a los caminantes como un efecto dominó, como si fueran desconectados de sus cuerpos. La tierra blanda y húmeda recibía como generosa ofrenda su carne y huesos, órganos extenuados, sangre, pensamiento y aire jadeante que habían llegado al límite de su resistencia.

El día transcurría indiferente como mirando de soslayo a los caídos en las faldas escarpadas. Permanecieron tendidos en el suelo. De vez en cuando un acto reflejo, una última pulsión de vida espasmódica sacudía alguno de los cuerpos tiesos.

Se escucharon pasos ligeros y una respiración jadeante aproximándose sigilosamente. Olfateo y gruñó desconfiado. De repente, un silbido casi imperceptible despojó al animal de su presa fácil y se escabulló entre la maleza con la cabeza gacha y el rabo entre las piernas en señal de sumisión absoluta. En ese instante el sol pudo escudriñar una sombra de silueta humana, alargada y escuálida. El extraño revisó ágilmente sus sacos, el resto de sus ropas, quito sus facas filosas aseguradas en sus cintos de cuero reforzado, desatando sus nudos con facilidad como si el mismo los hubiera realizado. Observo en la parte interior de sus brazos los códigos tatuados y escupió generosamente hacia un costado.

- Caminantes de mierda...

Despertaron en estado de somnolencia, aun sin saber distinguir entre la vigilia y el sueño. Un trasfondo de voces desconocidas y siluetas difusas en un ambiente cerrado de improvisadas placas de acero onduladas carcomidas por la herrumbre y tirantes de madera añeja. Una luz de fuego generoso congregaba a una veintena de hombres bastante efusivos, alardeando y exagerando historias. Mas allá en la ladera de una montaña otro refugio y otro más en el fondo despidiendo una sutil bandera de humo en una cargada atmosfera húmeda de neblina cerrada, de charcos y barro, de crujir de troncos de árboles muertos.

Uno de ellos por fin se animó a levantarse. Aun sentía su cuerpo debilitado y frágil, pero la mente bastante lucida como para distinguir sonidos y aromas. Mientras sus dos compañeros seguían tendidos en

improvisadas camas de hojarasca y pieles salvajes salió empujando una puerta podrida. Caminando y suspirando profundamente, conteniendo el asombro y la intriga de este nuevo entorno que le era totalmente ajeno, contempló a su alrededor extrañado. Como atraído por la multitud se acercó al bullicioso chaperío. Estaba totalmente oscuro o ¿se había nublado su visión? Escuchaba conversaciones indistintas y lejanas, en su mismo idioma, pero con características y tonadas diferentes. Una cortina de humo espeso lo detuvo en seco.

-señor caminante debería volver a descansar y después fumar la raíz...

Corrió la vista, pero aun su visión era bastante borrosa. De pronto alguien lo saco del hombro hacia un pasillo un poco más iluminado.

- ¡Corrí desde la entrada, nada de escuchar! Son 23.

- No desperté todavía.

- No debería andar por aquí.

-Mejor me vuelvo.

- Vuelva en otro momento.

Hacía mucho no se veía una mujer en el desierto. Tuvo que ocultar su asombro y su instinto más profundo. Pero claro, este era un lugar totalmente desconocido. Tenía el pelo muy corto, lacio y castaño oscuro. De estatura media y bien delgada, tez trigueña, un rostro imperfecto con marcas de quemadura y cicatrices. Ojos estirados y labios oscuros. La quedo admirando incrédulo. Ella le devolvió una mirada que lo persuadió a retirarse de inmediato.

De camino a su refugio observo entre la bruma espesa un rostro alargado iluminarse por el sutil avivamiento del tabaco encendido, un

ojo rojo que resplandecía entre la espesura de las hojas húmedas. Entonces desvió su trayecto hacia su encuentro. Se acercó con cautela tratando de no alterar demasiado los pensamientos de aquella figura inmutable y pétrea.

-Quisiera compartir un poco de tabaco, si no le molesta mi compañía... - dijo, observando el rostro agrietado y tizado de quien ahora podía observar con más detalle. En apariencia, su rostro parecía el de un anciano, pero aun sentado poseía un gran porte y sus antebrazos al descubierto podían dejar ver un estado físico bastante saludable para ser alguien longevo. Sin observarlo, ni realizar ningún gesto, el hombre escupió generosamente hacia el suelo, en clara muestra de desagrado por entablar dialogo. El caminante entendió que debía volver sobre sus pasos. Cuando se disponía a girar y voltear la mirada de nuevo cuesta arriba para regresar a su improvisado refugio se escuchó un tintineo metálico. Se detuvo en seco y observó que el hombre allí sentado le extendía con la mano una lata vieja y oxidada. La tomó. Abrió lentamente y llegó a sus fosas nasales un dulce olor a tabaco con notas de zampa y manzanilla. Lo acercó a sus narices, aspiró con embriaguez. Pronto se sentó en la hierba blanda y entregó sus manos a la ceremonia del armado, un cilindro perfecto. Arrebató del fuego una pequeña rama y lo encendió. Aspiro firme una gran bocanada que impregno sus pulmones de humo sibilante. Devolvió los artefactos y asintió con la cabeza en agradecimiento y respeto. No hubo dialogo alguno, solo el rechinar y el aliento caliente que emanaba un fuego incandescente que cautivaba la mirada de ambos. Era extraño, pero este comportamiento le era bastante afín. Se solía realizar este ritual entre los caminantes después cubrir grandes extensiones de travesía, y al finalizar el día, cada uno se disponía a fumar alrededor del fuego para entregarse por unos minutos al silencio y a la introspección. Pero nunca había escuchado

de caminantes que se aventuraran a lugares donde no existe el horizonte. Quería hacer muchas preguntas, quería recibir muchas respuestas de aquel extraño con la mirada perdida en el fuego. Pero su razón volvió en si cuando sintió que se quemaban los dedos que sostenían el cuerpo de un tabaco agonizante.

-Todo debe volver al fuego...

-... y las cenizas volverán al suelo. Culmino el extraño.

“La soledad. El completo desamparo del alma en la intemperie. Transgredir la angustia, erradicarla del pensamiento surcando distancias a destinos inalcanzables hasta sentir que todo dolor quedo atrás. La conciencia del otro es dolor. La presencia del otro es dolor. La pérdida del otro es dolor. ¿Qué podemos perder nosotros? Nada. Porque no somos nada y no nos pertenece nada. Hacia la nada caminamos y hacia la nada vamos. Queremos ser el viento, que no tiene cuerpo, pero siempre avanza incansable, a veces se detiene, a veces corre presuroso, pero nunca se desalienta”

El caminante no sabía quién y en qué momento habían colocado este mensaje en el bolsillo interior de su abrigo. Repaso mentalmente todos los lugares a los que había recurrido después de despertar, pero aun su memoria flaqueaba.

Transcurría otro día en aquel lugar sin nombre cubierto de bruma constante. Era bastante molesto el andar con las ropas húmedas y dependiendo del calor del fuego para encontrar alivio. Había que rondar por las laderas buscando refugio. Por suerte, la gente de allí era lo bastantes cortes y ofrecían lugar en sus grandes fuegos. La mayoría de las veces acudían a los viajeros con ofrendas de guisados,

sopas de huesos y pan, los cuales aceptaban de buena gana cualquiera fuese la hora del día. Al parecer se había corrido la voz sobre su presencia y existía una gran predisposición que se había extendido en toda la comarca.

Ya habían recuperado sus fuerzas y gozaban de buena salud, se sentían animados para retomar la marcha de nuevo al encuentro del desierto. Pero cada vez que llegaban a los límites en donde el aire se limpiaba y quedaba al descubierto, una tropilla los interceptaba propinando alaridos e insultando, disparando sus armas rojas que laceraban y quemaban la tierra.

- ¡De vuelta abajo! ¡De vuelta a Bajo!
- ¡No se sale de la bruma sin permiso!... gritaba otro.

Los intentos por escapar no eran castigados con violencia física, pero si la gente quería darles un buen escarmiento por insubordinación podían optar no darles refugio o ración. El hambre y el frío eran peor castigo que los golpes, por cierto, y no había lugar donde encontrar cobijo en el penetrante frío húmedo que calaba hasta los huesos.

Las horas se ralentizaban despiadadamente y la noche se extendía en forma permanente. ¿hasta cuándo permanecerían cautivos en esa latitud escondida y ciega desprovista de soles y de vientos, franqueada por una vaporosa atmósfera? Era muy difícil llevar el control de los días pues a veces todo permanecía en una oscuridad perpetua, No podían percibir la brisa y el aire parecía estancado e inmóvil. Sentían arder sus extremidades por caminar extensiones, sus corazones estaban inquietos y extraviados, aquel lugar comenzaba a sentirse como la muerte, como si estuvieran atrapados en otra dimensión que los desorientaba constantemente. De vez en cuando, un alma generosa que se apenaba de su apariencia les traía a

hurtadillas unas cuantas sobras para devolverles el ánimo que pendían de un hilo demasiado fino.

- ¿Estamos muertos no?
- Aun no, pero presiento que estamos cerca.
- ¿por qué no hay sol ni viento?
- Tampoco hay noche ni luna.
- Entonces si estamos muertos.

Como si alguien hubiera escuchado ese breve diálogo entre los caminantes, una voz procedente de la oscuridad absoluta se deslizó entre malezas y vertientes de un arroyo.

- No están muertos, pero si bajo tierra.
- ¿Quién es? Queremos verte...

La respuesta tardó unos instantes, el silencio se hizo ensordecedor y los sentidos adormecidos hasta ese momento se expandieron hacia todas las direcciones tratando de localizar la procedencia de aquella voz estertórea. Frente a ellos pudieron auscultar el abrir y cerrar pausado de una lata, seguido del chispazo de un pedernal, una tenue luz dilató sus pupilas para enfocar aquella silueta conocida. De a poco fue acercándose y aclarándose en la oscuridad aquel ojo rojo que se adivinaba rodeado de una cortina de humo de tabaco. Al fin Habló:

-Por aquí abajo me llaman “El Peregrino”, pero arriba en la superficie, solía ser un caminante.

Capítulo III

Intraterra



-Haremos que la bruma se disipe a su tiempo. Sé que están algo desorientados, pero créanme que se acostumbrarán pronto.

- ¿Donde estamos?

- Bajo la primera piel de la tierra.

- Eso no es posible...

- Usted Habla y opina demasiado para ser un caminante. Sigamos adelante, en La Fosa nos reuniremos con el resto.

Mientras descendían por senderos arcillosos y húmedos hasta los niveles inferiores, no pudieron evitar sentirse estremecidos. Todo el manto terrestre se cernía sobre ellos. Una desesperante claustrofobia empezaba a abrumarlos. Avanzaban por unas escaleras zigzagueantes y escrutadas en un profuso precipicio mientras la oscuridad silenciosa se veía interrumpida solo por el murmullo de algún cauce de arrollo interior. Descendieron en silencio, casi a ciegas, guiándose por una baranda oxidada y húmeda que los acercaba cada vez más hacia el vientre mismo del inframundo.

Cuando su visión empezaba a acostumbrarse a aquella masa uniforme y oscura una nueva perspectiva encontraba forma ante sus ojos. Enormes galerías de piedra se desplegaban hacia una profundidad incalculable adornadas con guirnaldas de luz sepia que se perdían en la lejanía intermitente. Ahora estaban sobre un enorme corredor principal, en donde circulaba un aire caliente y ferroso que hacía trabajosa la respiración. Caminaban en dirección recta y sus pasos se entorpecían ante la irregularidad del suelo. Hacia ambos lados colosales columnas sostenían el peso de cientos de siglos sobre sus espaldas. El silencio oprimía sus oídos, la presión y la profundidad eran insoportables. De no ser por sus propios pasos habrían enloquecido y aunque el peregrino trataba de alejar a los caminantes de la desesperación de ese entorno, era algo imposible para sus mentes y cuerpos que estaban llegando al límite de la cordura y la resistencia.

De pronto, comenzó a llegar a sus fosas nasales un hedor penetrante, amargo y picante que hizo que sus ojos comenzaran a arder y lagrimear.

-Cubran sus rostros con estas mascarar caminantes. Respiren lentamente y disminuyan el paso, no se cansen. Estamos en los niveles de cultivo de Raíz- afirmo su guía de las profundidades. Siguieron caminando sin detenerse entre un impresionante campo interior de cultivo que se distribuía hacia ambos lados del sendero. Las Raíces eran enormes, parecían troncos de árboles indefinidos que se confundían con los enormes pilares de granito que sostenían aquella galería en forma rectangular. Ascendían quizás a unos 80 o 100 metros de longitud. Podía observarse detalladamente que estaban apuntaladas sobre estructuras de hierro anilladas que las abrazaban y sostenían firmemente; en la parte inferior unos colosales estanques de agua daban de beber a los intrincados dedos que alimentaban a la raíz madre. EL cielo pétreo era el limite inexplicable de esos cuerpos sin copa, ni hojas ni frutos. Solo la raíz creciendo y sudando dentro de la tierra hueca.

- Ahora están sanando, pero aun sangran sus cicatrices. Esa especia es muy preciada ¡No deben ingerirla aún si la ofrecieran! Fue lo último que insinuó el peregrino antes de entrar en el absoluto mutismo.

Los caminantes observaban incrédulos el despliegue de tal envergadura arquitectónica girando su mirada hacia todas direcciones para no perder ningún detalle. A su memoria llegaban los grandes bloques de hormigón gris lunar que jaqueaban la ciudadela en la cual habían transcurrido cautivos durante tantos años y

sintieron un rechazo unánime ante aquel nefasto recuerdo. Admiraban sobre todo cómo tal conquista de ingeniería habría incurrido en las entrañas mismas de la tierra y no encontraban explicación alguna para tal hazaña.

Podía sentirse un vacío interior inmenso, tan desplegado en lejanías como los campos esteparios en las horas nocturnas. Sin fronteras palpables, sin luna como las noches cerradas, sin viento como las extensiones estancadas.

Adelante, un Portal enorme con el tamaño adecuado para el ingreso de un titán se interponía al límite de la travesía. Se acercaron y quitaron sus máscaras.

Dos golpes, una pausa y tres más.

- Son 23
- Son 23, adelante.

Las enormes puertas se abrieron improvisando un dialecto de herrumbre, los quejidos de las enormes bisagras emitieron una voz gutural en el hondo pecho de la tierra. Entraron. La enorme puerta se cerró tras ellos y el intenso sonido los envolvió magnéticamente, por un acto reflejo llevaron sus manos en protección de los oídos, pero los decibels penetraban su pecho que vibraba en una frecuencia que los incomodaba.

La exaltación de la concurrencia era seguida de una calma intrauterina, los cuerpos se mecían como la hierba danza al paso del viento generando ondas de movimiento. En sus manos se veían chispazos, descargas de electricidad. Repentinamente la estática de la atmosfera cambiaba, esas personas subterráneas empujaban sus

cuerpos en trance, los rozaban y sacudían en un ánimo histérico. La música distorsionada reverberaba en las paredes de roca sudante, mientras unos orificios con forma de ovalo insuflaban un vapor espeso que hacía que la multitud exigiera y se excitara aún más. Rostros Blancos, vetas de tierra negra que surcaban la piel sudada. Sus miradas penetraban tan profundo como el lugar al cual pertenecían. Lucían indómitos, despojados de toda humanidad, en estado casi salvaje.

Por momentos el aire era exhalado con un gran suspiro desde hendiduras provenientes desde las mismas paredes rocosas. El oxígeno viciado era expulsado y luego, el gran pulmón interior volvía a colmarse de oxígeno fresco y limpio.

De pronto todo se detuvo de forma repentina. Se podía escuchar la respiración jadeante de todos allí dentro. Sus ojos se cerraron y comenzaron a mecerse en silencio, llevando el peso de sus ligeros cuerpos de un pie a otro. Y luego, ellos entraron a la gran Galería Llamada La Fosa. Sus rostros tapados no dejaban a la imaginación ningún detalle que pudiera dar un indicio de sus facciones. Estaban cubiertos por completo, por túnicas, harapos y vendajes en sus manos. Mientras pasaban entre la multitud iban pronunciando estentóreamente una rogativa que retumbaba y se reiteraba formando una única voz oscura y profunda que conjuraba el recinto por completo *Pash Teh, Pash Teh*. Olían a tierra añeja, a humo y a piel rancia. Cada uno de ellos rodeaba con destreza una urna de terracota en su brazo derecho. Con la otra mano removían en forma circular cuidadosamente el contenido que había dentro. Seguidamente se escuchó un soplido grave que purificó por última vez el lugar antes de que aquella ceremonia concluyera con el último acto de los penitentes. Entonces comenzaron a ofrendar una raíz de pigmento

rojizo oscuro, delicada como una fina hebra de hilo. Nuevamente comenzaba a percibirse en el aire aquel extraño resquemor. Bajo sus lenguas se disolvía lentamente, sus ojos se desorbitaban de una forma espantosa. Algunos de ellos se desplomaban en el suelo como muertos, otros como muertos permanecían de pie, pero retorciéndose espasmódicamente.

Los caminantes recordaron el consejo del Peregrino: - ¡ no deben ingerirla Aun si la ofrecieran! Ahora entendían por qué.

Pash (despertar)

Tesh. O Teh T (raíz)

-Así es que llegan a nuestras profundas tierras los preciados caminantes. Escuchamos muchas historias sobre sus proezas en el inclemente desierto. Realmente los admiramos. Pero más aún los tenemos en nuestro aprecio porque han arribado a nosotros en horas de incertidumbre. Sus largas jornadas de paso errante no culminarán aquí. Tenemos que hablar amigos míos... Porque será mutuo el beneficio entre ambas partes- así hablo uno de los líderes del séquito, que pasó por su lado y habló sin mirarlos hundido en su túnica espesa atiborrada de barro y humedad. Pero continuó:

-Ustedes que saben tanto de distancias, que saborean el viento, la sed no los afecta y sorben la arena al despertar, díganos... ¿hay forma de cruzar el mar de arena y atravesar los monumentales muros?

- Si nosotros pudimos escapar y llegar hasta aquí cualquiera puede hacerlo. Se animó a contestar uno de los caminantes- ¿pero para qué quieren adentrarse en esa prisión de concreto y hierro?

- ¿Le han dicho ya que pregunta demasiado para ser un caminante?

- Sí, debería tomarlo como un halago. Aunque solemos medir nuestras palabras, en esta ocasión en particular resulta extraña la idea de que pueda convencernos de volver a la ciudadela gris.

-¿Hay alguien allí dentro a quién todavía desearían ver?

- No, cada vez que caminamos damos la espalda a los muros, nada nos ata a ellos.

-Es verdad. Pero aún hay allí gente cautiva, de aquellos que abusan, corrompen el cuerpo y el espíritu para quebrarlo, doblegarlo y despojarlo de toda esperanza de ser libre. ¿qué precio pones a tu libertad caminante?

- Muchos de nosotros hemos pagado el costo de la muerte por escapar. Pero los animales en cautiverio que viven allí dentro no saben de libertad.

